

él, es vencida por la jugada para poner en cuestión, a su vez, el advenir de la próxima jugada.

«Suerte y tiempo son *lo mismo*» (p. 165); esta afirmación sólo puede ser entendida a través de la confrontación de dos fundamentales actitudes frente al tiempo y, por ende, frente a la suerte; el individuo puede vivir abandonándose al azar, confiando en la suerte—no en la buena ni en la mala, sino en la suerte *tout court*—, suerte que, como tal, es siempre deseable, independientemente de la ganancia o de la pérdida que reporte; pero también le cabe oponerse al devenir, oponer barreras al tiempo. La mayor de estas barreras, la más importante de estas barreras tuvo en la Historia la figura de aquel ser completo al que nada nuevo e imprevisto podía suceder, que lo tenía todo, menos la angustia de perderse o el riesgo de recobrase, forma suprema de la desconfianza y la avaricia. Sólo la suerte permite acceder a la experiencia de la intensidad, sólo jugando la suerte se puede existir como fuerza; «querer la suerte»: he aquí la fórmula del *amor fati*.

Bataille denomina *voluntad de suerte* a ese querer la suerte y el tiempo. La voluntad de suerte es el bien máximo porque pone al hombre ante la más ardua dificultad y exige de él la más alta fuerza: jugar con el azar; jugar al azaroso juego de la suerte es el juego más difícil, pues tiene por *regla* la más espantosa de las amenazas; es un juego en el que es imposible hacer trampas; se llega a formar parte de los jugadores haciéndose carne mortal—*encarnación permanente*— (2), sufriendo el temblor de su herida, siendo atravesado por el deseo y lacerado en cruel lacería por la ausencia; no es, ciertamente, un juego fácil y cómodo, pero eso mismo es lo que lo hace estimable. Mas no hemos de entenderlo como un trabajo o un esfuerzo; sólo desde fuera parece arduo, sólo para quienes *no juegan*. Entrar en el juego, tomar parte en él hasta perderse es la verdadera felicidad; en la *destrucción* trágica el individuo encuentra la única jugada que está a la altura del azar, la única que da la medida de su incomparable destino; lúcidamente cierto de su sufrimiento y de su grandeza, en la desamparada claridad de su madurez y soledad descubre, como el héroe de Conrad, «el rostro de esta Suerte, que se mantenía a su lado, cubierto con un velo como una novia de Oriente».—SANTIAGO GONZALEZ NORIEGA (*Sancho Dávila*, 13, 6.º B. MADRID).

---

(2) Bataille llega a hablar, aunque de modo festivo y desenfadado, de una «encarnación generalizada» (p. 93).

CLAUDE PICHOS y ANDRÉ M. ROUSSEAU: *La literatura comparada*. Editorial Gredos, 1969.

En 1967 se publicó en francés, con el título de *La littérature comparée*, este libro que ahora ve la luz en español, muy bien traducido por Germán Colón Doménech. En la serie de Manuales de Biblioteca Románica Hispánica, este nuevo manual es del mayor interés para todos los que tengan vocación de comparatistas, porque es la guía de conjunto más completa que hasta ahora se haya publicado con fines de divulgación.

Los autores comienzan por hacer la historia de los orígenes del interés por la literatura comparada. Casi al tiempo que se ejerce el comparatismo en las ciencias naturales —Cuvier: *La anatomía comparada*—, y en otros dominios como la mitología, la historia, la gramática, nacen los primeros intentos de comparar diversas literaturas. Sainte-Beuve, no obstante, atribuye la fundación de la historia literaria comparada a Ampère en 1840.

Cuando Chasles dice en 1835 en el Ateneo de París: «Nada vive aislado; el verdadero aislamiento es la muerte», estaba en la situación del comparatista convencido de que todo el mundo toma prestado a todo el mundo, pues este gran trabajo de simpatía es universal y constante.

Es evidente que en la génesis del comparatismo cuenta Suiza en primer lugar. En Lausana, en 1850, Joseph Hornung explica un curso de literatura comparada en la primera cátedra de esta disciplina, y se funda otra en Ginebra —consideremos que en Coppet ya Madame de Staël, con los Schlegel y otros amigos, tenía una especie de salón comparatista. En Italia De Sanctis, en 1863, explica como profesor de literatura comparada en Nápoles. Posteriormente, en 1895, se funda una cátedra en Francia, en Lyon.

La primera revista apareció en Hungría en 1877, dirigida por Hugo Meltzl, y redactada en seis lenguas y posteriormente en diez. Los ingleses, con Matthew Arnold, intentan luchar contra la típica insularidad británica, pero hasta 1886 no se publica en Londres el libro *Comparative Literature*, de Hutcheson M. Posnett. Por entonces, la literatura comparada se define como el estudio de las influencias, y se ciñe al dominio de los temas y de los motivos.

En 1886 Max Koch funda la importante revista *Zeitschrift für vergleichende Literaturgeschichte*. En Estados Unidos se crean Departamentos de Literatura Comparada (en Columbia y Harvard), y revistas sobre el tema, y a partir de 1918 se multiplican los Departamentos en North Carolina, Southern California, Wisconsin, etc. Ya

a fines de siglo Brunetière dicta un curso de literatura comparada, Gaston Paris y Lanson se interesan por el comparatismo. Benedetto Croce, en Italia, y Menéndez Pelayo, en España, estudian las influencias recíprocas de la literatura italiana y la española. Es entonces cuando se piensa que «La literatura comparada es una disciplina de coronación.» Fernand Baldensperger y Paul Hazard fundan en 1921 la *Revue de Littérature comparée*. Un ecumenismo optimista y regenerador hace que después de 1930 la literatura comparada cobre auge. Paul van Tieghem proyecta la redacción colectiva de obras de referencia, y aparece el primer volumen dedicado al *Répertoire chronologique de littératures modernes*.

Una vez que los autores fijan, más o menos, los antecedentes de la literatura comparada, tal es la rapidez con que evoluciona esta clase de estudios e investigaciones, que puede decirse que en estos últimos veinte años la literatura comparada cumple de un modo definitivo sus funciones y que tiene una extraordinaria expansión por todo el mundo.

A la enseñanza de las lenguas vivas se debe en parte esta difusión de la literatura comparada, a la gran facilidad de viajes, a la reproducción fotográfica, oficinas de traducción y posibilidades en las relaciones internacionales. A esto debe añadirse lo que C. Pichois y A. Rousseau denominan era de los Congresos.

Al celebrarse en 1951, en Florencia, el V Congreso, la *Comisión Internacional de Historia Literaria* cedía su puesto a la *Federación Internacional de Lenguas y Literaturas Modernas* (FILM), que desde 1954 viene reuniéndose en congresos trienales en Oxford, Heidelberg, Lieja, Nueva York, Estrasburgo, e Islamabad (Pakistán) en 1969. Los temas que trataron estos congresos fueron los grandes problemas literarios: métodos, estilos, crítica, etc. Como el comparatismo careciese de una sección especializada, se fundó la *Asociación Internacional de Literatura Comparada* (AILC) en 1956, en Venecia, y luego se celebraron congresos en Chapel Hill (1958), Utrecht (1961), Friburgo, Suiza (1964), Belgrado (1967) y Burdeos (1970), y se anuncia el próximo en Canadá.

La corriente política y cultural de nuestro siglo va en este sentido: los congresos son una necesidad vital, pues fomentan las relaciones entre los comparatistas y facilitan el conocimiento de las respectivas literaturas nacionales. A partir de la fecha de la creación de la Asociación se fundan Asociaciones Nacionales: ya en Estados Unidos hay más de cuarenta, y el movimiento comparatista cobra auge en el Japón. En Alemania se fundan varias cátedras: en Erlangen, Tubinga, Maguncia, Darmstadt, Berlín. Es natural, ya que la vocación compara-

tista alemana es muy grande, y ya desde Goethe, con su concepto de *Weltliteratur*, hay interés por la literatura comparada. Los autores C. Fichois y A. Rousseau estudian el movimiento en pro de la literatura comparada en otros países, y el traductor, muy acertadamente, completa con sus notas las lagunas referentes a España.

Hoy día el número de comparatistas es muy numeroso; la idea comparatista atrae cada vez más a especialistas de todas las disciplinas, y los profesionales y los aficionados se asocian libremente, sin preocuparse de fronteras intelectuales y políticas; así lo hemos visto los que hemos asistido al reciente congreso celebrado en septiembre en Burdeos. Con razón dicen los autores de este manual: «A esta rara popularidad le vemos una razón muy sencilla: la literatura comparada no es una técnica aplicada a un dominio restringido o preciso. Vasta y diversa, refleja un estado de ánimo hecho de curiosidad, de gusto por la síntesis, de apertura hacia todo fenómeno literario, sean cuales fueren el lugar y el tiempo.» Añadiremos nosotros la razón más poderosa: que es un nuevo humanismo.

Muy detenidamente, los autores estudian los intercambios internacionales que facilitan o han facilitado el desarrollo de la literatura comparada, los viajeros, los hombres y sus testimonios y la extraordinaria importancia de algunos viajes. Quien tenga vocación comparatista y analice su propia vida verá al punto qué enorme influencia han tenido algunos viajes en la creación de sus libros y en el descubrimiento de algunas figuras y temas de la propia obra. Se estudia también el papel de las colectividades, pues si: «la acción que ejercen hombres solitarios puede ser considerable, la de hombres solidarios es más fuerte todavía», se citan los salones cosmopolitas, las exposiciones, las traducciones, las adaptaciones, la prensa, para llegar a la conclusión de la última ponencia de P. van Tieghem, *La littérature comparée comme instrument de compréhension internationale*, el nuevo humanismo del que hablábamos líneas anteriores.

A continuación, los autores pasan a distinguir los conceptos de *Literatura general*, que es la caracterización de las obras literarias por un origen común y por factores ajenos a las letras, lo que se comprende muy bien cuando es el caso de fenómenos análogos ocurridos al mismo tiempo en países diferentes, como efecto de estructuras socioeconómicas comunes, y el de *Literatura universal (Weltliteratur)*, que propone inventariar y explicar las obras maestras de las diferentes literaturas. Se estudian los *eones* literarios, según denominación de Eugenio d'Ors, las constantes, estudio de periodización, generaciones, etc. Se hace historia de las ideas, de las corrientes de sensibilidad, relaciones entre literatura y bellas artes, se analiza la temática, los tipos, los personajes